

aparece toda incertidumbre. Las conquistas de Alejandro rompieron las barreras que separaban la Grecia de la India, y entonces las creencias orientales invadieron el mundo europeo. El politeísmo no satisfacía ya esa necesidad de creer, de que el hombre puede renegar en ocasiones, pero que pronto vuelve á recobrar su imperio con más energía. Para alimentar el sentimiento religioso se necesitaba algo más íntimo que sistemas de metafísica; la filosofía griega trató de satisfacer estas exigencias convirtiéndose en religión. Esta filosofía religiosa tomó el carácter oriental. Habían llegado los tiempos en que las concepciones filosóficas y los dogmas religiosos de Oriente y de Occidente habían de combinarse y modificarse recíprocamente, para preparar á la humanidad al bautismo de una religión nueva.

#### § IV.—Geografía.

La raza aria civilizó la India y las islas del Archipiélago; más adelante sembró en las hordas del Asia central gérmenes de humanidad y de cultura; tuvo bastante poder para vencer el orgulloso aislamiento de la China é implantar sus dogmas en el Imperio del Medio; se le atribuye la gloria de haber inspirado á los filósofos de la Grecia. En cambio de tanto como ha dado este pueblo, ¿no habrá recibido nada? ¿Qué influencia ha ejercido sobre los habitantes de las orillas del Ganges el comercio secular con las demás naciones? Respecto de las relaciones internacionales de la India, nuestros conocimientos son más escasos aún que respecto de la influencia de sus habitantes como pueblo civilizador. La India parece completamente pasiva en sus comunicaciones con la humanidad; la han visitado los mayores conquistadores y apenas han dejado recuerdo de su paso; ha acabado por sufrir el yugo del extranjero, pero sus instituciones y sus creencias persisten aún. ¿Deduciremos de aquí que la civilización de la India es auctótona é inmóvil? Esto sería convertir nuestra ignorancia en teoría. Un hombre no puede mantener comercio con otro hombre sin que ambos recíprocamente se modifiquen. Si los Indios han influido

sobre el mundo, esto mismo prueba que el mundo ha influido sobre ellos.

Sin embargo, hay un hecho averiguado, y es que el movimiento de expansión que guió á los Arios por los mares en la época heroica, se detuvo. La India no dejó de ser frecuentada por los demás pueblos, porque los atraía con la riqueza de sus productos; pero en el momento en que aparece en la historia, ya no son los Indios, sino los Fenicios, los Arabes y los Griegos de Alejandría, los que sirven de intermediarios en las relaciones comerciales (1). El brahmanismo separó á los habitantes de las orillas del Ganges de todo contacto con las poblaciones impuras; en lugar del trabajo y de la actividad, les predicó la inacción y la meditación. Los Indios se dejaron visitar por los extranjeros, pero no abandonaron su suelo sagrado ni se inquietaron por lo que sucedía fuera de él. Sus ideas acerca del mundo prueban perfectamente su indiferencia hácia el mismo.

Hay una verdad instintiva en el sistema cosmogónico de los Indios, y es la de lo infinito; cuentan los universos por miríadas de miríadas: la creación, dicen, es *inmensa, innumerable, indecible* (2). Pero, si pasamos de la cosmogonía á la geografía de nuestro globo, no encontramos ninguna noción real. En la concepción mitológica la Tierra es una superficie curva que se apoya sobre una tortuga ó sobre cuatro elefantes. Más tarde los brahmanes reconocieron que el mundo no se apoyaba en cosa alguna exterior, que se sostiene por su fuerza propia. Pero la descripción que los *Puranas* hacen de la Tierra se asemeja más al sueño de un poeta que á un sistema científico. La representan bajo la forma de una flor de lotus sobrenadando en la superficie del Océano. En su centro se levanta el pistilo, tipo de la mayor altura de la corteza exterior, el *Merou*, el Monte Sagrado. A su alrededor se encuentran los órganos de la fecundación, los filamentos, las anteras, los nectarios, como las crestas de las montañas y los picos principales de las cadenas donde nacen los grandes ríos. Alrededor del

(1) HEEREN, *Inde*, secc. II, t. III, p. 440 y sig.

(2) RÉMUSAT, *Essai sur la cosmographie de los Bouddhistas* (*Journal des Savants*, 1831, p. 673).

monte Merou están, como las hojas del lotus, las siete islas que baña el Océano. Los libros sagrados las describen con sus montañas, sus ríos y sus territorios; hasta dan su medida, extensión y situación. Pero toda esta geografía es imaginaria; solamente una de las siete islas existe en realidad, la India; pero hasta las noticias que dan los escritores indios acerca del país mismo que habitan presentan tal vaguedad, que no pueden ser consideradas como base de una descripción exacta (1).

(1) *Asiatic Research*, t. VIII, p. 321.—BENFEY, en la *Encyclopedie d'Ersch*, secc. II, t. XVII, p. 271, 272.—RITTEB, *Asien*, t. I, p. 5-19.

---

## CAPITULO IV.

### RELIGION Y FILOSOFÍA.

#### § 1.—Concepto de la vida.

La religión de la India, como todas las religiones de los países divididos en castas, es esencialmente diferente para las diversas clases de la sociedad. La creencia popular es un fetiquismo que presenta notables analogías con el politeísmo egipcio (1). No puede negarse al sacerdocio indio, como se ha negado al de Egipto, la posesión de dogmas superiores á este culto grosero; pero es difícil seguir su desarrollo y determinar su carácter distintivo en las diversas épocas. Hay, sin embargo, ciertos rasgos que son comunes no solamente á todas las religiones y á todas las sectas de la India, sino aún á las especulaciones filosóficas que al mismo tiempo han tenido lugar. Este carácter general de la sabiduría india es el que principalmente nos interesa.

Las miserias de la vida han impresionado profundamente el espíritu de los Indios. ¿Cómo se concilia la desigual repartición de los bienes y de los males entre los hombres con la noción de un Sér supremo, cuya cualidad esencial es la justicia? Los brahmanes dicen que si el hombre sufre es porque merece sufrir; que si su vida actual no basta para explicar la causa de su castigo, debemos buscar la explicación en una existencia anterior. La vida,

(1) *Von Bohlen*, t. I, p. 189.—BENJAMIN CONSTANT; *De la Religion*, VI, 5.